

rededor de un nacimiento, apoteosis religiosa de la niñez, deteneros á pensar en las amarguras y tristezas que les reserva la vida? Todo podía creerlo el tierno Delfín, destinado á reinar bajo la denominación de Luis XVI, ¡ah! todo podía creerlo, cuando jugaba, en sus primeros años, ante los belenes de Versalles, todo menos lo que le sucedió tras una infancia tan gozosa y espléndida, en la plenitud y en la madurez de su vida. Por eso creo yo procediera como un sabio escogiendo la natividad y la Nochebuena para decir sus últimas palabras y expresar su voluntad suprema. ¡Cuáles meditaciones religiosas no asaltarían su ánimo en el paralelo forzoso entre la Nochebuena del Temple y la Nochebuena del palacio! Aquel Infante divino, que naciera entre las canciones de los ángeles, adorado por los reyes, bendecido por los pastores, anunciado por los profetas; sudará en el Olive te sangre, recibirá vinagre y hiel en los labios, oirá injurias en su agonía, y morirá como el último de los criminales en el más ignominioso de los patíbulos. Entre las menudas gentes, que solíamos reunirnos allá en las Nochesbuenas de Cádiz, de Alicante y Elda, hubo alguien destinado á marino por su familia. Muchos años hacía que no nos habíamos visto, cuando víspera de Nochebuena, el año setenta y cinco, nos encontramos por París, nubladísima la tarde aquella, en que el sombrío cielo estaba negro como un paño fúnebre, y la nevada tierra como un fúnebre sudario blanco, pues no de otras comparaciones podíamos servirnos en los amargos senos del destierro. Y nuestra conversación giró sobre los recuerdos de aquella noche y las tristezas con que la madurez de nuestra vida compensara los gozos de nuestra infancia. «A todo me resigno, el interlocutor me decía en aquel momento, á todo, menos á pasar la Nochebuena lejos de nuestras playas. Imaginate cómo vendrá sobre los mares á mis mientes, en la soledad inmensa, oyendo los rugidos de las cuerdas y de las lonas, el recuerdo de la lejanísima casa, que á más de mil leguas está y de la triste familia que no tendrá nuevas ciertas mías, y no sabrá en cuál punto del espacio sobrecoge aquella hora solemne á este juguete de las olas, arrastrado en continua tempestad por los vientos. La pobre abuela, mi santa madre, ya tan vieja, mandará que la bajen á la cocina y le pongan en el sillón de baqueta, donde, medio ciega de llorar, á tientas buscará el rincón de la chimenea en que yo le presentaba la escudilla para llenarla de arropo y la piel de cordero en que yo me tendía, después de haber loqueado mucho para esperar, en dulcísimo sueño, cayera de la torre parroquial el campaneo de media noche. Mi mujer, á un mismo tiempo casada y viuda, sin atreverse á vestir de luto por no contrastar la grande alegría de aquella fiesta, ni á vestirse de gala por no saber si algún banco de arena, ó alguna montaña de hielo, ó alguna tromba de huracán, habrá sorprendido á su esposo, impedirá en su necesario duelo que mis hijos esplayen sus tiernecitas almas en las fiestas, con cuyos regocijos un hado menos cruel hermo seaba la infancia de su padre.

Si algún grito de alegría se oyera, los vecinos, atisbando siempre la paja en el ojo aie-

no, llamarían á mi familia, una familia sin padre y sin entrañas. Nuestro pobre hogar debe ser como una isla de tristezas, de silencio, entre la universal alegría y la algazara. Mi barco no podía ser menos. En cuanto bajaba la tarde, reunía mis tripulantes, repartía toda la galleta y todos los licores guardados en mis bodegas para este solemne momento; y yo, solitario, alejado de todos, recluso en mí, oyendo con pena jurar y trincar, sentábame á ver lo único que acaso podían ver los míos juntamente conmigo, las vívidas y lejanas estrellas. Feliz me creía si en aquel crepúsculo divisaba cualquier bandada de aves viajeras, ó albergaba cualquier golondrina perdida, ó sentía levantarse la cabeza de los delfines husmeando el rastro de mi barco. Todos mis villancicos se reducían al mugir de los vientos y al silbar de las lonas y al retemblar de las tablas sacudidas por las corrientes y al hervir de los oleajes. Toda mi compañía en tal soledad era una linterna que atisbaba muy lejos con mi vista penetrante, anunciándome nave cargada de seres tan tristes y luctuosos como yo mismo. ¡Cuántos cuidados en mi niñez, la providencia de un padre y el amor de una madre, y los besos de la familia, y el nacimiento en Nochebuena y el aguinaldo en Navidad, y el regalo de los reyes más tarde, y el cuento de las niñerías al acostarnos, para venir luego lanzados á los bajos abismos del espacio, so el peso de la fatalidad que reina sobre la naturaleza, esclavos de la materia, juguetes de la fuerza; con el sepulcro á nuestros pies; sintiendo el despiadado látigo de los crueles elementos, que así desarraigan un cedro como sumergen un barco, y así apagan una luz como extinguen una vida, sin curarse de cómo cuanto destruyen y matan se necesita para muchos misérrimos mortales en las complicaciones que tiene la máquina del Universal. Estas tristezas mías concluyeron por parecer exageradas y ridículas á quienes, luchando perdurablemente con la muerte, en precio ninguno tiene la vida. Mofábanse los camaradas en mí porque trocaba en duelo cada ventura transcurrida y me moría de pena, mientras aquellos, por quienes yo penaba, se morían acaso de risa. Llorar desde los mares á quienes en tierra firme viven y bajo seguro techo habitan, considerábanlo, no efecto de cariño, efecto de locura. La sociedad en que vivís concluye por modificaros el alma, como el aire, que respiráis, os modifica el cuerpo. Los peligros diarios embotan la facultad de sentir y amortiguan los de otra suerte insufribles padecimientos. Después que habéis sostenido un largo comercio con la naturaleza, llegáis á creer que no existe ni un átomo de idea en su fondo. Montada mecánicamente, obedece á la fuerza ciega; y, ninguna súplica, ninguna ofrenda, conjuro ninguno puede moverla, pues no tiene voluntad ni albedrío. En el reino de la materia sólo se ve luz cuando alguna idea le presta el faro de nuestro pensamiento encendido en el cerebro. Por consecuencia, lejos de contemplarla en los días de las fiestas religiosas, hay que huirla, si queremos procurarnos algún consuelo, y refugiarnos bajo los repliegues del propio pensamiento y entre las expansiones del mundo. A la vuelta de algunos años celebraba yo mi Nochebuena en el barco bebiendo mucho aguardiente y contando innumera-

bles chascarrillos, asentado sobre los barriles, entre nieblas formadas por el humo despedido de nuestras pipas, y carcajadas epilépticas, desahogos seguros del gozo que retozaba en nuestros pechos. Siempre recordaré la última de tales fiestas. El ocaso en los mares cantábricos aquella tarde ostentaba esplendores sin cuento con arcos y columnas de nubes formando alcázares de vapores encendidos é irisados por las últimas irradiaciones del sol poniente; la mar mugía picada y arreciaba el viento huracanado; pero no teníamos adversidad alguna, porque no llevábamos pasajeros ni gente asustadiza. Acabábamos de zarpar de nuestras playas é íbamos con la bodega repleta de vinos y turrone. No sabré decirte cuánto bebimos y charlamos. Las provisiones reunidas por mi amante familia rodaron sobre los tablonés del barco, como si aquel fuera el día último de nuestra vida y no hubiese ya en el tiempo ningún mañana.

De pronto cayó desde los cielos sobre la nave inmenso nubarrón, que parecía pesado como el plomo y obscuro como la ceniza; bajo nuestra quilla se arremolinaron las aguas y estremecieron, cual si las combatieran dos corrientes; por nuestras velas corría un diluvio tan espeso que se dirían trasladadas las ondas del mar á las regiones del viento; altas montañas, de base negra como la noche y de cumbres eléctricas é hirvientes como si las azotara un relámpago, se levantaban y se deshacían, batidas por un huracán bramando de furor; constante trueno lanzaban los abismos del cielo y otro igual á la vez los abismos del Océano. Inútilmente se arriaron las velas, se recogieron las cuerdas, se arrojó la tempestad á palo seco; los mástiles se troncharon, las tablas se desunieron, la campana sonó por sí sola, como si mano invisible la moviese; y todos nos hundimos en las espirales del ciclón con clamores trágicos, á los cuales siguió bien pronto un horrible silencio, verdadero lenguaje de la muerte. Mi salvación estuvo en que una ola me arrojara sobre los escollos que bordan las últimas tierras occidentales de nuestra Península, donde, tras cincuenta horas de agonía, pudo recogerme un barco de socorro. ¡Imaginate cuál Noche buena! Las olas venían como hambrientos monstruos á disputarme los esponjosos y agrietados escollos, donde tendido estaba como sobre lecho compuesto de vidrios y espinas, que se metían en el cuerpo; á mis estremecimientos de frío, á mis espasmos de dolor, á mis angustias de desesperación, sólo respondían las espumas con sus hervores, los vientos con sus silbidos. Compara su estridor con las alegres algazaras, cuyo estruendo regocijó tantas veces las Nochebuenas de nuestra infancia. Pues todavía las hay más terribles le dije yo. Tremendas las tempestades del Océano; pero no tanto como las tempestades del espíritu. Terribles los naufragios marítimos, pero no tan terribles como los naufragios sociales. El escollo, que pintas, me parece un paraíso comparado con la tribuna profanada y rota. La nave, que bajo tus plantas se quiebra en mil pedazos, no es al cabo la patria; no es la tierra, en cuyo seno están desde las cunas de las generaciones venideras hasta los sepulcros de las generaciones pasadas. Los monstruos de esos abismos tan temidos

pelean por la vida, se comen unos á otros por su necesario sustento; pero no se comen por una credencial, por una cinta, por un título vano, por un tratamiento bizantino, por añadir algunas sílabas más á nombres deshonorados. El viento, el huracán, el trueno, el rayo, jamás supieron destruir como saben destruir el rencor y la venganza. Las sirtes de los escollos no tienen las dobleces que tienen los perjurios y traiciones de los hombres. La ola encrespada te hiere, mas no te injuria. El mar mata, pero no calumnia. Boga, boga eternamente por esos espacios oceánicos y no vayas á otros de superficie más engañosa y de abismos más hondos. En esos tus combates sufrirá el cuerpo, se fortalecerá el espíritu. La grande amargura, que has en el seno de los mares, no puede compararse con la hiel que condensan las humanas injusticias en el hígado de los vencidos, porque, mira cuando vuelvo los ojos atrás y veo los restos de otros naufragios más tristes, mucho más tristes que el tuyo, sólo tengo para consuelo esta canción tantas veces al amor de la lumbre oída allá en nuestra lejana infancia, canción que nos parece mentira entre los edenes de la inocencia y que resulta la única verdad positiva después de haber vivido mucho:

La Nochebuena se viene,
La Nochebuena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

He presentado todo lo anterior, sucedido hace tiempo, porque me parece una inconsciente alegoría del estado moral en que Luis XVI se hallara la noche del veinticuatro de Diciembre y la mañana del veinticinco escogidas por él para cosa tan suprema como la expresión de su voluntad última depositada en solemne [testamento. Nada prueda tanto á un ánimo piadoso que la religión cristiana no se reduce á la tierra sino que trasciende á la eternidad, como el sufrimiento y pasión de los buenos, perseguidos por las cóleras y odios de los malos. Triunfante la justicia en el tiempo, nuestro espíritu no puede menos de recordar como no es la tierra el centro de las almas y como hay tras la muerte otro mundo mejor donde se repararán todas las injusticias y se cumplirán todos los ideales. ¡Cuál tristeza para Luis XVI pasar aquella noche como en oscuro sepulcro enterrado vivo, teniendo por compañero el presentimiento de la eternidad, vista con anticipaciones religiosas en el adivinado seno de Dios! Las ceremonias eclesiásticas de otros tiempos; la capilla del palacio iluminada por innumerables luminarias; el cántico de gloria por las trompetas del órgano realzado; las fortificantes aromas del incienso; el regocijo prestado por las casullas bordadas de oro, por las reliquias relucientes de pedrería, por los ángeles y arcángeles sobre las aras esculpidas en los altares llenos de oraciones místicas é inspiradores de regocijadas esperanzas, debían atormentarle tras los paredones frios del calabozo, en aquella soledad peor que las soledades del desierto; con el cuerpo magullado por los nerviosos desórdenes consiguientes á sus contrariedades y con el alma opre-

sa de horribles tribulaciones. Así empleó la noche santísima, en que llegó al mundo antiguo la salvación cristiana, escribiendo su testamento para los hombres y para la eternidad, hablando con Dios como suprema y grande apelación á su infalible justicia. Todos aquellos motetes de la misa del gallo, en que se brinda con el amor divino á los fieles alegres y triunfantes; la visita de Belén señalada por los ángeles y dispuesta por los pastores; las aleluyas y glorias resonantes años y años en las orejas de Luis aprendidas por su memoria, le taladraron las sienes, recordados de nuevo con los ojos puestos en su leído devocionario. Lo mismo Luis que toda la dinastía ojearon el veinticuatro de Diciembre los regocijados oficios de la Nochebuena cen lágrimas amargas en las mejillas y estremecimientos de dolor en los corazones. Luis, sobre todo, cierto y seguro de la capital sentencia, preparada y dispuesta por sus implacables enemigos, creía que, no abriéndose á la hora de otras noches el santuario donde le aguardaban las efigies y simulacro del Niño Dios en su pesebre, se le abrirían bien pronto las puertas del Cielo para ver la Persona misma de Dios en su esencia. Por mucho, sin embargo, que intentara el Rey desasirse de lo terreno para subir á lo inmortal; joven todavía, llamaríale sin duda el mundo en que había vivido con sus llamamientos y reclamos, oídos siempre de grado por el instinto conservador, á nuestra vida connatural y congénita. Las Nochebuenas pasadas en Trián y Versalles, los árboles de Navidad cargados con tantas ofrendas y joyas; los juguetes apercebidos para entretener la infancia regocijadísima; el eco de los coros eclesiásticos sumando al eco de las orquestas cortesanas; los regocijantes campeones unidos á las aleluyas del Templo y á las músicas del cuartel; aquellos bailes de niños ante los belenes; de inspirado arte y copiosas riquezas; debieron correr por sus ojos en procesión verdaderamente fantástica y turbar hasta sus habituales horas de profundo y sosegado sueño con vigiliadas henchidas de fatales paralelos entre la dicha pasada y la desdicha presente. Tanta desnudez en aquellas paredes, la pobreza de aquellos muebles, el paso de los centinelas á las puertas, el ruido de las llaves arrastradas por los calaboceros, el dolor deluido hasta en los átomos del aire respirable, la proximidad del último fin ¡ah! contrastarían mucho con los jardines de Versalles en aquella noche, con los parques de Trián abiertos á las muchedumbres el día de Navidad, con los saludos de tantas damas y gentiles-hombres como se reunían bajo la bóveda de aquellos palacios parecidos á verdaderos templos, agrandados por la diferencia entre los gozos del Monarca y los dolores del cautivo.

Yo he tenido una ocasión de ver los belenes palaciegos en las residencias borbónicas; y no puedo nunca olvidar la impresión que causaran en mi ánimo. Corría mi primera juventud y apenas acababa de dejar la infancia, cuando ví uno de estos nacimientos; verdaderos objetos de arte. Ignoro si quedarán los pertenecientes á nuestros antiguos sitios reales, pero si no quedan, pueden verse todavía hoy en el Museo Cluny de París y en el palacio real de Caserta. Todas las artes entran en la compasión de tales artefactos

apercebidos para regocijar á los muchachos y divertir á los grandes. Melodiosas máquinas lanzaban alegres notas llenas de regocijo en mecánicos acentos de música muy bien arreglada y compuesta. Diestros escultores tallaban en madera todos los personajes divinos y humanos componentes de la gran escena evangélica. Consumados pintores reproducían la villa de Belén y el establo de la natividad. Ricos trajes bordados de oro y plata, en que resaltaba multicolor y preciosa pedrería, brillaban por todas partes. Las figuras de gran tamaño se movían en movimientos aparejados como los de un reloj que asombraban á los muchachos embebidos en aquellas maravillas. Cada objeto estaba compuesto con muy sabio artificio y cada personaje parecía vivo; realizando todo lluvias de oropeles caídas del techo, mares de armonía generadas por innumerables conciertos, torrentes de luz parecidos en su viveza y en su esplendor á los creadores éteres que iluminaron el día primero de la universal creación. Ante tales maravillas Luis se recreaba con su bondad natural; corría el Delfin saltando y gritando con los jugueteos propios de su feliz niñez; la princesa Isabel rezaba de rodillas y con las manos plegadas despertando inconscientes é indeliberados paralelos entre sus sinceras devociones y las alegrías profanas de todos los demás; citaba la severísima infanta Teresa por no interrumpir las antiguas tradiciones y liturgias regias á sus amigas de la grandeza y de la corte para que le ayudasen á despojar del regalado fruto los árboles preciosos de la regocijante natividad; mientras que Antonieta con sus damas y galanes henchía todos aquellos salones con cuentos llenos de gracias y dichos llenos de ingenio, cual si fuese la vida un puro clarísimo arroyo que ciñe sus orillas con guirnaldas de flores y retrata en sus cristales el cielo riente y azul. Pero ¡cuál diferencia entre aquellos personajes del Trián y éstos personajes del Temple! Calabozos en vez de salones; guardias irreverentes en vez de cortesanos; torturas y no fiestas; un lecho de hospital reemplazando los majestuosos lechos de aparatos; trajes de burda estameña y no telas de rica sedería; en vez de coros eclesiásticos, gritos de guardas avinados; el martirio en toda su terrible desnudez, el patíbulo reemplazando al trono. En aquella terrible tragedia cada cual mostraba su correspondiente complexión y carácter, aunque todos estuvieran aflijidos por iguales penas y amargados por idénticas acerbidades. Luis, en quien la educación religiosa por aquellos días á todo en él aventajara y sobre todo su ser se pusiera y sobrepusiera, escribía su testamento, doble diálogo con la eternidad y con la Historia, en que, desesperando del juicio de los hombres, confiaba, tranquilo y sereno, en la justicia de Dios. Algo idéntico al estado de Luis XVI el estado de su hermana María Isabel. Una gran parte del día pasábala como cualquier costurera necesitada de jornal, cosiendo y remendando, aunque le faltase los instrumentos más necesarios á su costura, las tijeras. Pasaba otra gran parte del día en oración, rezando sus plegarias de rito y leyendo libros piadosos. María Teresa únicamente acertaba, dado su carácter, á encerrarse dentro de un orgullo inaccesible casi al sentimiento, y en obser-